CASO SWIFT

Dice el Gobierno: "No queremos que quede cerrado; pero al menos, que quede enlatado"

RATIFICA CAFIERO

"Sí, Alfonsín está en el ocaso, así que ahora no me siento tan solo"



CASERTA

"Si realmente estuviésemos en el Primer Mundo, yo no habría grabado un casete sino un compact"

Sátira/12

el desperdicio

Nº 189 — Sábado 25 de mayo de 1991



¿CONDONADOS?

(Por Carlos Guarnerio) ¿Cómo reaccionó el ámbito político frente a la posibilidad de que el Gobierno regalase preservativos? Estas fueron las impresiones de varios de sus exponentes, quienes las virtieron apelando al don de la palabra. Y al condón, también.

Mi primer consultado fue el doctor Alfonsín. Convencido de lo beneficioso de la medida, trató de usar su "estoy persuadido", pero espetó un:

—Estoy preservativo —para luego aclararme:

—Nosotros ya intentamos prevenir el SIDA con la caja PAN.

Sorprendido pregunté:

—¿Ponían preservativos?

A lo que contestó:

—No, poníamos yerba.

Luego consulté a Neustadt, quien terminante respondió:

—Para mí, Camaleón.

Ikonicoff decía al respecto:

—¿Usted sabe qué uso yo?

Cuando llegaba el turno del clero. Sin dejar de persignarse, uno de sus más conspicuos representantes me decía:

—Que la gente los pida, vaya y pase. Pero que después los use, ya es demasiado.

Y hablando del uso y las dificultades que plantea su colocación, Angeloz no dudaba en apelar a su "¡Se puede, se puede, se puede...!"

Herminio estaba de acuerdo con la medida, aunque sincerándose pedía:

—Para mí, medio.

Retomaba entonces su contraofensiva el clero, uno de cuyos obispos amenazaba:

—¡Tomaremos medidas! —cuando, perdida entre un enjambre de sotanas, replicaba la voz de un monaguillo:

—No hace falta tomar medidas, monseñor: se estiran.

La izquierda apoyaba, coincidiendo a coro en que:

—El preservativo es para el que lo trabaja.

Mientras tanto, desde la derecha había voces discordantes.

—Ahora sabemos qué tenemos que repartir en lugar de empanadas —profetizaba un exponente del conservadurismo.

—El condón es una jactancia de los actos sexuales —respondía Rico. Y sorprendentemente Bussi se mostraba permisivo ordenando:

—¡Milanesas con preservativos para todos!

Finalmente fue el turno de Menem. Apoyando la iniciativa, me confiaba:

—Vea, si en lugar de prometer el salariazo yo hubiese prometido el forrazo, ahora nadie iba a poder quejarse. Y luego me hablaba de la conveniencia de dar más de uno por persona. Al respecto, razonaba:

—Es totalmente comprensible la aspiración de usar varios, con tal de llegar al segundo, yo hasta estoy dispuesto a promover una reforma constitucional.

CAMPAÑA ANTISIDA

EL PUEBLO UNIDO USA PRESERVATIVOS





HAY FORROS, BANDERAS, VINCHAS

OPINION

Por el Prof. Sócrates Mosqueto

UN HUEQUITO OSCURO

El problema del SIDA no es tanto sus consecuencias para la salud, ya que finalmente de algo hay que morirse, sino que propaga el aburrimiento y el fastidio. Tomemos un ejemplo al azar, el de cualquier lectora de esta nota. Hasta hace algún tiempo, si algún interesante desconocido la miraba dos o tres veces en el colectivo y ella tenía un rato libre, la lectora no desdeñaba el convite, lo cual, además de entretenerla sanamente, le permitía después, al volver junto a su novio o marido, disfrutar a la vez el placer del engaño y la alegría del reencuentro. Ahora, en cambio, mientras ella se pone a pensar si el desconocido será portador del SIDA, si usará forros, etcétera, el colectivo se pasó de la parada, y ella volverá a casa de malhumor, intratable, en uno de esos días que su compañero sólo puede atribuir a los misterios de la femineidad. En este sentido, es innegable que el SIDA perturba el normal desarrollo de la vida en pareja. Para contrarrestar estos u otros efectos fastidiosos, un importante laboratorio bacteriológico suizo ha puesto a punto el virus del SICA (síndrome de inmunodeficiencia castamente adquirida), que próximamente será distribuido a toda la humanidad. Este virus tendrá los mismos efectos clínicos que el del SIDA, pero, como su nombre lo indica, afectará a quienes se abstengan de las relaciones sexuales. El principal grupo de riesgo será el de quienes tengan conductas antipromiscuas, es decir, los que conserven la castidad durante períodos prolongados; pero, eventualmente, un solo día de castidad podrá convertir al sujeto en portador del virus.

De todos modos hay que insistir en la prevención del SIDA. A muchos les llama la atención que, a esta altura del desarrollo tecnológico y filosófico, el mejor sistema de prevención resulte ser el forro. En realidad, los últimos dictámenes de la OMS recomiendan un método mejor y en verdad infalible: la impotencia sexual masculina. En efecto, un preservativo puede faltar e incluso fallar en el momento decisivo. En cambio la impotencia sexual, especialmente si —como sugiere la OMS— es absoluta y definitiva, ofrece una barrera infranqueable. Hoy por hoy, el hombre impotente brinda a su pareja una inapreciable sensación de seguridad. Incluso en la vida cotidiana es fácil reconocer al impotente sexual por esa serena confianza en sí mismo que lo distingue de los demás hombres, siempre en la incertidumbre de si no serán portadores de la peste.

Así, pues, el desafío sanitario consiste en promover y difundir la impotencia sexual, y en esto hay que recurrir a los agentes de salud: médicos, sexólogos, psicólogos deberán concentrar sus esfuerzos en derrotar al flagelo. Y en los consultorios psicoterapéuticos tendrán lugar diálogos como éste:

Paciente: —(avergonzado) Otra vez me pasó, doctor...

Terapeuta: —(permanece en silencio).

Paciente: —Estaba con ella, en la cama... Yo estaba bien, pensaba en cuestiones de trabajo, y de repente... No sé, me desconcentré, me vino la idea de hacer el amor con ella... Era terrible, no podía dejar de pensar en eso...

Terapeuta: —Una idea que lo dominaba...

Paciente: —Sí, sí, yo no podía evitarlo. Y empecé a sentir que... Me da vergüenza, doctor...

Terapeuta: —¿Qué sentía?

Paciente: —... Sentía que el pito se me ponía cada vez más duro, rígido...

Terapeuta: —No podía relajarse.

Paciente: —No. Estaba todo tenso. Sin embargo, por un momento logré tranquilizarme y ablandarme, me pareció que esta vez podría lograr la impotencia, pero... todo terminó como siempre, doctor.

(El paciente llora.)

Terapeuta: —(con suavidad) Tal vez mejor que llorar sea buscar la causa de su problema.

Paciente: —¡Es que estoy harto de que me pase siempre lo mismo, harto de sentir esta vergüenza, esta culpa! Me dan ganas de esconderme como cuando era chico y... ¿sabe?, me había olvidado, doctor: cuando era chico me gustaba meterme en un rincón que había en el patio de mi casa. Era como un huequito oscuro, húmedo... Yo entraba y salía, entraba y salía... Mamá se enojaba pero yo lo hacía igual, era como un refugio... Esto debe tener que ver con mi síntoma, ¿no, doctor?

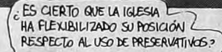
Terapeuta: —Dejamos acá.

El tema elegido para este suplemento conmocionó al staff de Sátira/12. Efectivamente, cuando nos enteramos de que el Gobierno repartiría preservativos en forma masiva y gratuita como parte de la campaña contra el SIDA, nos dimos cuenta de que varios de los integrantes de nuestro equipo no sabían lo que era un gobierno. Para paliar nuestra ignorancia, salimos a investigar. Pati, como prevención, se negaba a prestarle el lápiz a nadie. Mosqueto se jactaba de tener un buen antivirus que protegería a su computadora de cualquier riesgo. Miguel Rep aún no ha vuelto, y seguramente a su regreso nos contará cómo es la última línea europea de Profilácticos Otoño-Invierno (o bien Primavera-Verano, allá en el Norte). Toul preguntó si la Iglesia estaba en contra de viajar a Córdoba. Daniel Paz intentó construir un ingenioso preservativo a base de porotos de soja, pero aún no consiguió experimentarlo. Guarnerio comentó que, con respecto a los profilácticos, prefiere la abstinencia, es decir no usarlos. Rudy, por su parte, dijo que lo de los forros está muy bien siempre que no nos usen a nosotros como tales, el día de las elecciones. Y aquí estamos los de Sátira, nacionales, pero buena calidad, qué se han creído.











HAY FORROS, BANDERAS, VINCHAS

OPINION

Por el Prof. Sócrates Mosqueto

UN HUEQUITO OSCURO

El problema del SIDA no es tanto sus consecuencias para la salud, ya que finalmente de algo hay que morirse, sino que propaga el aburrimiento y el fastidio. Tomemos un ejemplo al azar, el de cualquier lectora de esta nota. Hasta hace algún tiempo, si algún interesante desconocido la miraba dos o tres veces en el colectivo y ella tenía un rato libre, la lectora no desdeñaba el convite, lo cual, además de entretenerla sanamente, le permitía después, al volver junto a su novio o marido, disfrutar a la vez el placer del engaño y la alegría del reencuentro. Ahora, en cambio, mientras ella se pone a pensar si el desconocido será portador del SIDA, si usará forros, etcétera, el colectivo se pasó de la parada, y ella volverá a casa de malhumor, intratable, en uno de esos días que su compañero sólo puede atribuir a los misterios de la femineidad. En este sentido, es innegable que el SIDA perturba el normal desarrollo de la vida en pareja. Para contrarrestar estos u otros efectos fastidiosos, un importante laboratorio bacteriológico suizo ha puesto a punto el virus del SICA (síndrome de inmunodeficiencia castamente adquirida), que próximamente será distribuido a toda la humanidad. Este virus tendrá los mismos efectos clínicos que el del SIDA, pero, como su nombre lo indica, afectará a quienes se abstengan de las relaciones sexuales. El principal grupo de riesgo será el de quienes tengan conductas antipromiscuas, es decir, los que conserven la castidad durante períodos prolongados; pero, eventualmente, un solo día de castidad podrá convertir al sujeto en portador del virus.

De todos modos hay que insistir en la prevención del SIDA. A muchos les llama la atención que, a esta altura del desarrollo tecnológico y filosófico, el mejor sistema de prevención resulte ser el forro. En realidad, los últimos dictámenes de la OMS recomiendan un método mejor y en verdad infalible: la impotencia sexual masculina. En efecto, un preservativo puede faltar e incluso fallar en el momento decisivo. En cambio la impotencia sexual, especialmente si —como sugiere la OMS— es absoluta y definitiva, ofrece una barrera infranqueable. Hoy por hoy, el hombre impotente brinda a su pareja una inapreciable sensación de seguridad. Incluso en la vida cotidiana es fácil reconocer al impotente sexual por esa serena confianza en sí mismo que lo distingue de los demás hombres, siempre en la incertidumbre de si no serán portadores de la peste.

Así, pues, el desafío sanitario consiste en promover y difundir la impotencia sexual, y en esto hay que recurrir a los agentes de salud: médicos, sexólogos, psicólogos deberán concentrar sus esfuerzos en derrotar al flagelo. Y en los consultorios psicoterapéuticos tendrán lugar diálogos como éste:

Paciente: —(avergonzado) Otra vez me pasó, doctor…

Terapeuta: —(permanece en silencio).

Paciente: —Estaba con ella, en la cama… Yo estaba bien, pensaba en cuestiones de trabajo, y de repente… No sé, me desconcentré, me vino la idea de hacer el amor con ella… Era terrible, no podía dejar de pensar en eso…

Terapeuta: —Una idea que lo dominaba…

Paciente: —Sí, sí, yo no podía evitarlo. Y empecé a sentir que… Me da vergüenza, doctor…

Terapeuta: —¿Qué sentía?

Paciente: —… Sentía que el pito se me ponía cada vez más duro, rígido…

Terapeuta: —No podía relajarse.

Paciente: —No. Estaba todo tenso. Sin embargo, por un momento logré tranquilizarme y ablandarme, me pareció que esta vez podría lograr la impotencia, pero… todo terminó como siempre, doctor.

(El paciente llora.)

Terapeuta: —(con suavidad) Tal vez mejor que llorar sea buscar la causa de su problema.

Paciente: —¡Es que estoy harto de que me pase siempre lo mismo, harto de sentir esta vergüenza, esta culpa! Me dan ganas de esconderme como cuando era chico y… ¿sabe?, me había olvidado, doctor: cuando era chico me gustaba meterme en un rincón que había en el patio de mi casa. Era como un huequito oscuro, húmedo… Yo entraba y salía, entraba y salía… Mamá se enojaba pero yo lo hacía igual, era como un refugio… Esto debe tener que ver con mi síntoma, ¿no, doctor?

Terapeuta: —Dejamos acá.

El tema elegido para este suplemento conmocionó al staff de Sátira/12. Efectivamente, cuando nos enteramos de que el Gobierno repartiría preservativos en forma masiva y gratuita como parte de la campaña contra el SIDA, nos dimos cuenta de que varios de los integrantes de nuestro equipo no sabían lo que era un gobierno. Para paliar nuestra ignorancia, salimos a investigar. Pati, como prevención, se negaba a prestarle el lápiz a nadie. Mosqueto se jactaba de tener un buen antivirus que protegería a su computadora de cualquier riesgo. Miguel Rep aún no ha vuelto, y seguramente a su regreso nos contará cómo es la última línea europea de Profilácticos Otoño-Invierno (o bien Primavera-Verano, allá en el Norte). Toul preguntó si la Iglesia estaba en contra de viajar a Córdoba. Daniel Paz intentó construir un ingenioso preservativo a base de porotos de soja, pero aún no consiguió experimentarlo. Guarnerio comentó que, con respecto a los profilácticos, prefiere la abstinencia, es decir no usarlos. Rudy, por su parte, dijo que lo de los forros está muy bien siempre que no nos usen a nosotros como tales, el día de las elecciones. Y aquí estamos los de Sátira, nacionales, pero buena calidad, qué se han creído.



SIDA: LO QUE USTED DEBE SABER

Gentileza: Laboratorios Rudyam

Frente al interesante proyecto gubernamental de montar (con perdón) una campaña masida antisiva (otra vez disculpas, una campaña masiva antisida) nos vemos moralmente obligados a cooperar con la misma, indicando algunas cosas que pueden resultar útiles a la hora del sandwichito (no decimos "la hora de ir a los bifes" por puro respeto a la trágica situación económica que está viviendo la mayoría de nuestro país). Este folleto deberá estar siempre presente en la cartera de la dama o el bolsillo del caballero, ya que nunca se sabe...

El SIDA es ante todo una enfermedad, llamada Síndrome de Inmuno Deficiencia Adquirida, que se transmite por vía sexual (al lector que no sepa qué quiere decir "Vía sexual", por favor que le pregunte a sus padres o a algún compañerito que ya esté avivado), aunque también puede transmitirse a través de transfusiones sanguíneas. Cabe aclarar que mediante el uso de preservativos se protege el contagio sexual, pero que de nada sirve colocarse uno en caso de transfusiones.



El profiláctico (al que, a partir de aquí, denominaremos "forro" a cualquier efecto) deberá ser colocado antes del acto sexual para evitar el contagio, y deberá ser retirado después del mismo para evitar un sinfín de malestares y dolencias diversas, además de permitir la diuresis (hacer pipí).

Será El (pronombre personal 3ª persona, masculino, singular) quien se ponga a sí mismo el profiláctico (íbamos a escribir forro pero nos dio vergüenza). En caso de ser Ella (ídem, pero femenino) quien se lo ponga, deberá ponérselo a él. En caso de que se trate de más de un miembro masculino (valga la redundancia) utilizarán un profiláctico por persona, y con los que sobren harán una pila que colocarán a un costado e irán tomando de a uno, como en el chinchón.

La Iglesia se manifestó en contra del uso de preservativos, forros, profilácticos y cualquier otro sinónimo o eufemismo que pueda aparecer o ser creado en tal sentido. La restricción señalada por la institución religiosa no se remite a sus propios miembros en particular sino a la población en general. En reemplazo de los forros proponen la abstinencia, que no debe colocársela él a sí mismo, ni a ella, ni a nadie.

Además de la lógica higiene personal, no es necesario tomar medidas antes de colocarse el preservativo (¡ufa, otra vez no nos animamos a poner forro!). Si el vendedor o la vendedora del producto en cuestión insiste en tomar medidas, es posible que esconda segundas intenciones.

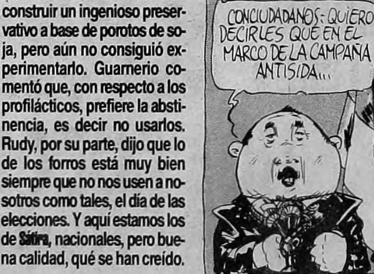
Los partidos políticos deberán revisar sus doctrinas a la luz de la nueva situación generada por el auge del SIDA. Tomemos por ejemplo las verdades peronistas, es cierto que "de casa al trabajo y del trabajo a casa" constituye un buen criterio de profilaxis ya que evita la promiscuidad, pero eso de que "Para un argentino no hay nada mejor que otro argentino" no es del todo cierto, ya que la enfermedad tiene hoy en día una importante incidencia en nuestro país. Tampoco tiene vigencia eso del "cinco por uno", hay que cambiárselo después de cada uno. Por el lado de los radicales, en estos momentos, eso de "que se rompa, pero no se doble" no es nada conveniente. Recuerden amigos radicales: "Si se rompe, hay que ponerse otro". Miren que el SIDA es una enfermedad muy grave, y no es válido eso de "con democracia se cura".

En cuanto a nuestros liberales, no pueden seguir usando él mismo método que hace 30 años, deben tener mucho cuidado con el mercado, y no crean que van a salvarse del SIDA con el "Socialismo en las Pelotas" o como fuera. Recuerden que se trata de una enfermedad que no ataca al Estado, sino a particulares. Por el lado de la izquierda, en este caso más que nunca se debe discriminar, y no es válido decir "El diafragma y el forro son los mismos". No puede culparse al forro de ser un método burgués de acumulación de riquezas, y sería una verdadera negligencia reemplazar al profiláctico por una movilización popular contra el SIDA, más aún considerando que luego de la movilización algunas parejas pueden decidir seguirla por su cuenta.

Para que el año 2000 nos encuentre unidos y no dominados, por el SIDA; para que los niños pobres que tienen hambre y los niños ricos que tienen tristeza hoy en día sean los hombres sanos del mañana, para que la Revolución Productiva produzca algo más que virus, ¡Usenlo, que no los va a defraudar!













SIDA: LO QUE USTED DEBE SABER

Frente al interesante proyecto gubernamental de montar (con perdón) una campaña masida antisiva (otra vez disculpas, una campaña masiva antisida) nos vemos moralmente obligados a cooperar con la misma, indicando algunas cosas que pueden resultar útiles a la hora del sandwichito (no decimos "la hora de ir a los bifes" por puro respeto a la trágica situación económica que está viviendo la mayoría de nuestro país). Este folleto deberá estar siempre presente en la cartera de la dama o el bolsillo del caballero, ya que nunca se sabe...

El SIDA es ante todo una enfermedad, llamada Síndrome de Inmuno Deficiencia Adquirida, que se transmite por vía sexual (al lector que no sepa qué quiere decir "Vía sexual", por favor que le pregunte a sus padres o a algún compañerito que ya esté avivado), aunque también puede transmitirse a través de transfusiones sanguíneas. Cabe aclarar que mediante el uso de preservativos se protege el contagio sexual, pero que de nada sirve colocarse uno en caso de transfusiones.



Gentileza: Laboratorios Rudyam

El profiláctico (al que, a partir de aquí, denominaremos "forro" a cualquier efecto) deberá ser colocado antes del acto sexual para evitar el contagio, y deberá ser retirado después del mismo para evitar un sinfín de malestares y dolencias diversas, además de permitir la diuresis (hacer pipí).

Será El (pronombre personal 3ª persona, masculino, singular) quien se ponga a sí mismo el profiláctico (íbamos a escribir forro pero nos dio vergüenza). En caso de ser Ella (ídem, pero femenino) quien se lo ponga, deberá ponérselo a él. En caso de que se trate de más de un miembro masculino (valga la redundancia) utilizarán un profiláctico por persona, y con los que sobren harán una pila que colocarán a un costado e irán tomando de a uno, como en el chinchón.

La Iglesia se manifestó en contra del uso de preservativos, forros, profilácticos y cualquier otro sinónimo o eufemismo que pueda aparecer o ser creado en tal sentido. La restricción señalada por la institución religiosa no se remite a sus propios miembros en particular sino a la población en general. En reemplazo de los forros proponen la abstinencia, que no debe colocársela él a sí mismo, ni a ella, ni a nadie.

Además de la lógica higiene personal, no es necesario tomar medidas antes de colocarse el preservativo (¡ufa, otra vez no nos animamos a poner forro!). Si el vendedor o la vendedora del producto en cuestión insiste en tomar medidas, es posible que esconda segundas intenciones.

Los partidos políticos deberán revisar sus doctrinas a la luz de la nueva situación generada por el auge del SIDA. Tomemos por ejemplo las verdades peronistas, es cierto que "de casa al trabajo y del trabajo a casa" constituye un buen criterio de profilaxis ya que evita la promiscuidad, pero eso de que "Para un argentino no hay nada mejor que otro argentino" no es del todo cierto, ya que la enfermedad tiene hoy en día una importante incidencia en nuestro país. Tampoco tiene vigencia eso del "cinco por uno", hay que cambiárselo después de cada uno. Por el lado de los radicales, en estos momentos, eso de "que se rompa, pero no se doble" no es nada conveniente. Recuerden amigos radicales: "Si se rompe, hay que ponerse otro". Miren que el SIDA es una enfermedad muy grave, y no es válido eso de "con democracia se cura".

En cuanto a nuestros liberales, no pueden seguir usando él mismo método que hace 30 años, deben tener mucho cuidado con el mercado, y no crean que van a salvarse del SIDA con el "Socialismo en las Pelotas" o como fuera. Recuerden que se trata de una enfermedad que no ataca al Estado, sino a particulares. Por el lado de la izquierda, en este caso más que nunca se debe discriminar, y no es válido decir "El diafragma y el forro son los mismos". No puede culparse al forro de ser un método burgués de acumulación de riquezas, y sería una verdadera negligencia reemplazar al profiláctico por una movilización popular contra el SIDA, más aún considerando que luego de la movilización algunas parejas pueden decidir seguirla por su cuenta.

Para que el año 2000 nos encuentre unidos y no dominados, por el SIDA; para que los niños pobres que tienen hambre y los niños ricos que tienen tristeza hoy en día sean los hombres sanos del mañana, para que la Revolución Productiva produzca algo más que virus, ¡Usenlo, que no los va a defraudar!









MUDANZA

Por Berni Danguto

Estaba ocupando los dos asientos delanteros del colectivo, una valija verde repleta de papeles y dos atados de diarios; mudaba mi archivo de casa a la oficina, todos esos recortes y ejemplares de diarios viejos que uno nunca utiliza ni lee, pero que sirven para juntar polvo. Tenía todo preparado para arrojar mi archivo por la ventana en caso de que subiera una embarazada. Subieron una muchacha y un muchacho a vender algo que guardaban en una caja de cartón. A la chica la conocía, habíamos estado juntos en la facultad, le sirvió hacer la carrera, ahora estaba preparada para correr la coneja.

La parejita vendía unas obleas rellenas con crema de vainilla envueltas en papel metalizado; luego de aclarar que lo recaudado con la venta de las obleas era para un asilo de chicos que no sabían pronunciar la erre (r) en la localidad de Laprida, comenzaron, de atrás para adelante, a dejar las obleas en los muslos de los viajeros; a los que iban parados se las dejaban en el hombro. Cuando llegaron a mí, hice señas con las manos de que no tenía espacio en mi muslo y logré articular unas palabras tendientes a explicar que en ese momento no necesitaba una oblea, pero el muchacho tenía todavía un tendal de colectivos por delante y ningún minuto para perder conmigo, de modo que se dispuso a tratarme como a todos los pasajeros y se abalanzó con su oblea contra mi muslo. Hice una finta y se me cayó un atado de diarios. Tras un breve forcejeo, la oblea logró su objetivo. Recoger el atado de diarios del pasillo sin que se me cayera la oblea del muslo era un entretenimiento de esos que prepara Carlitos Balá. No podía soltar nada de lo que tenía en las manos, porque el movimiento del colectivo no me lo iba a perdonar. Y no podía dejar el atado de diarios en el pasillo, porque el que se tropezara tampoco me lo iba a perdonar.

Estiré la pierna izquierda hacia el atado de diarios y logré que se me cayera la oblea. Ahora eran dos los objetivos que debía alcanzar, porque no podía recibir al muchacho, que ya estaba recogiendo las obleas del fondo, con mi oblea en el suelo. Lo iba a tomar como un desprecio. Volví a estirar la pierna, llegué a la oblea, traté de maniobrar con el pie, la pisé, la partí en mil pedazos. Sentí el chillido sordo de la oblea al pisarla. Las obleas deberían ser de hierro. Con el mismo pie, y ya pisándola sin reparos, atraje los restos de la oblea hacia mí. El atado de diarios lo dejé en el medio del pasillo, lo único que podía salvarme era que el que se tropezara se peleara con el vendedor de obleas para ver quién me pegaba primero.

Agarró el paquete y sintió que algo fallaba.

—¿Qué pasó? —preguntó.

—Dijeron que era sin compromiso de compra —dije—. La mastiqué, no me gustó y la envolví otra vez.

—Muy gracioso —me dijo—. Son cinco mil australes.

—La partí sin querer —dije—. Fue un accidente, a cualquier espástico pudo haberle pasado.

La chica que había hecho la facultad conmigo se acercaba al lugar del incidente, venía de cursar oblea cinco.

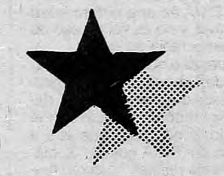
—¿Qué pasa? —preguntó sin reconocerme. Yo en la facultad no me hacía notar mucho, me daban vergüenza mis notas.

—Rompió la mercadería —dijo el muchacho—. Y no quiere pagar.

La chica me miró. —Ah, pero yo a éste lo conozco —dijo—. Cursamos juntos Historia del Canasto. ¿A qué te dedicás ahora?

Le señalé con los ojos mis diarios: —Botellero —dije.

—Ah —dijo con cierta piedad—. ¿Y cómo te va?



—Más o menos —contesté—. Trabajo para una institución, la mitad de lo recaudado es para un asilo de chicos que estulfan la chofa.

—Ah —repitió.

—¿Y no tenés carrito ni nada? —me preguntó el muchacho.

—Tenía uno tirado por un caballo, pero el caballo se paró en un lugar donde estaba prohibido estacionar y le pusieron el cepo. Hubo que sacrificarlo.

—Bueno, ¿qué hacemos? —me dijo el muchacho.

—No sé —dije—. ¿Tenés teléfono?

—Esto hay que resolverlo ya —dijo—. Tenés que pagar.

—La oblea está ahí —dije—. No falta ni una miga.

—Entonces te puedo romper los dientes si te los dejo adentro de la boca —dijo.

—El último que se dio ese gusto fue el finadito Domínguez —dije.

—¿Ah, sí? —dijo—. ¿Vos y cuántos más?

—En esa ocasión fuimos como 25 —dije—. Lo agarramos a la salida del asilo. Pero a vos te puedo hacer la excepción y reventarte yo solo.

Se me tiró encima. De chico estudié karate, pero recién en Inglaterra uno se da cuenta de que no le sirvió para nada el curso de inglés. El muchacho tenía su cabeza contra mi estómago y yo estaba enrollando una revista de mi archivo para contraatacar Era un fascículo de la enciclopedia Alfatemática, *La vida de las cigüeñas*, quizá por primera vez me sirviera para algo. Si uno pudiera, como Kung Fu, detenerse a meditar en el medio de una pelea sin que el otro le siga pegando, a mí me hubiera gustado preuntarme por qué a lo largo de mi vida había ido guardando este tipo de revistas. Logré sacar su cabeza de mi estómago y le di en pleno rostro con *La vida de las cigüeñas*. No le hizo nada. Tendría que haberle pagado con *El fin de los dinosaurios*. La chica empezó las tratativas para separarnos. El colectivero se había detenido; lo que no habían logrado los semáforos en rojo ni las viejitas suplicantes, lo conseguíamos dos muchachos peleando, después pregunten por qué hay guerras. Entre varios lograron separarnos; como siempre, los que más ayudaron a separar fuimos los dos que estábamos peleando.

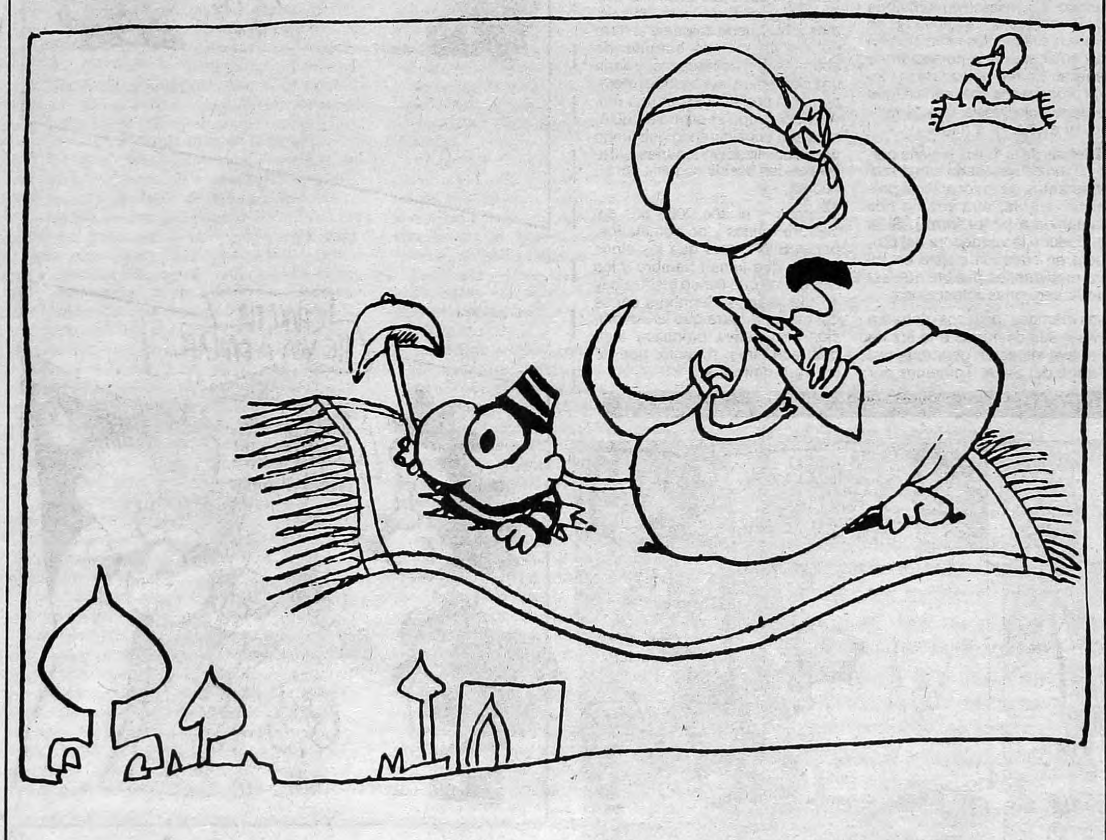
—Bueno —le dije agitado—. Voy a pagar, pero con mercancía. Tomá—. Y le di la colección completa de *Cuidado del sea monkey;* no sé si recordarán a los sea monkeys, unos bichitos muy simpáticos que no existían.

—¿Para qué quiero esto? —preguntó el muchacho.

—En Plaza Lezica te podés hacer una fortuna —le dije—. El inventor del sea monkey es hoy día uno de los hombres más ricos de la cárcel de Cincinatti.

Tiró mi colección por la ventana. Eso me dolió. Quizás uno guarda las cosas inútiles justamente por eso, uno las compró por ningún motivo y no sabe por cuál tirarlas. Me bajé del colectivo a buscar mi colección. Dejé todo el archivo arriba. Pasé junto a la colección y no me detuve a recogerla, seguí caminando. El colectivero cerró la puerta y reemprendió la marcha llevándose mi archivo. Me puse las manos en los bolsillos vacíos, no llovía ni nada por el estilo, pesaba unos cien kilos menos.







Nunca como esta semana el título de esta sección podría prestarse a dobles sentidos obvios, pero la delicadeza del tema que estamos tratando nos impide tomarlo con ligereza, ya que hemos de ofrecerle al lector una cobertura total, lo suficientemente amplia como para que quepan todas sus dudas al respecto, pero que al mismo tiempo se ajuste a sus necesidades de saber y no le resulte aburrido por lo largo. En fin, medida europea. Aprovéchelo sin culpa, que la Iglesia no dijo nada en contra de leer suplementos como método preventivo.

Hasta el sábado, lector.

RUDY

